



OTRO DÍA PERFECTO

Por Gloria Verdoy

Me llamo Mila Tambo, tengo los pies pequeños y nunca he visto el mar, sólo en la televisión. Siempre he pensado que las personas altas vivís en casas enormes y nunca vais al supermercado. Mi cuñado también es de los altos, aunque él sí hace la compra, porque dice que es feminista. Cuando nació mi sobrino Andrés me dejó cogerlo un rato. Lo sostuve con mucho cuidado, apretando suave para que no se rompiera lo que tenía dentro. Noté que estaba caliente, movía su pequeña cabeza sobre mi pecho, justo donde tengo el corazón. Mira a su compañero de viaje de nuevo de arriba abajo. El hombre la observa divertido, ha dejado de leer. Le sonrío con dulzura, le deja hablar. No hace preguntas.

El tren avanza a toda velocidad atravesando un desierto blanco. Los relieves no son elevados y la tierra caliza dibuja unos pliegues irregulares en la superficie, dándole al paisaje un aspecto lunar. Poco a poco el blanco yesoso cede al rojizo. La arcilla pálida y resquebrajada pide agua. Algunos matorrales de tomillo agrupados, alguna sabina derramando una sombra inútil en ese páramo. Es un hombre joven y alto, lleva atuendo deportivo y un reloj de color rojo en la muñeca derecha. Ahora observa como duerme mecida por el traqueteo de la máquina feroz que les transporta.

Bajo el jersey azul de Mila asoman los cuellos de un pijama moteado de flores amarillas. La boca entreabierta y las gruesas gafas desencajadas sobre su diminuta nariz. Lleva el pelo corto, a lo chico y bajo el flequillo se le adivina un mechón de canas. Tiene las manos cruzadas sobre el abdomen, son formidablemente pequeñas. Él nunca había visto unas manos tan delicadas: una manicura impecable con una laca de uñas discreta que brilla un poco, las delgadas piernas, cubiertas por un pantalón de chándal, cuelgan del asiento. En

R

realidad, Mila es tan minúscula que sus pies no tocan el suelo y son tan pequeños como ella misma había anunciado. Tiene unos pies bonitos, casi infantiles, sin

deformidades, con todos los dedos intactos, como si nunca un zapato los hubiera lastimado. Son pies mullidos, simétricos, sin aristas óseas ni prominencias inesperadas. Calza unas sandalias planas, de tiras de cuero, muy viejas. Los senos suaves de Mila suben y bajan en una respiración tranquila. De una fina cadena de oro cuelga una chapa, el hombre se acerca con prudencia y puede leer el nombre de Mila Tambo, una dirección y un número de teléfono. Anota algo en la página cuarenta y dos del libro y sale del vagón en dirección hacia la cafetería.

En el exterior el paisaje está cubierto de carrasca cada vez más alta, en algunos momentos se divisa una mancha verde, al fondo, donde los pinos pujan por imponerse. Al volver encuentra a Mila ensimismada, observando a través del cristal de la ventanilla.

—Me he debido de quedar dormida, qué tonta.

—Sí, has dormido un buen rato. No falta mucho para que lleguemos. Apenas una hora.

Pronto se verá el mar desde el tren.

—¿El mar? ¿Desde el tren? No me lo quiero perder... Y tú, ¿eres feminista?

—Bueno, no lo sé, supongo que sí. Ahora casi todos los hombres somos feministas.

—Y... ¿tienes novia?

—No, tenía una mujer, pero ya no la tengo. No nos entendíamos nada bien, era un coñazo estar todo el día discutiendo. Perdona, no debería haber dicho eso.

—No importa, mi hermana también dice muchas veces coñazo cuando se enfada con nosotras. Es raro que no tengas mujer... porque eres guapo y alto y un poco feminista, y creo que eso está muy bien. Yo nunca he tenido novio, no porque yo no haya querido, sino por culpa de la sociedad ¿sabes? Me gustaría tener uno, aunque solo fuera por un día.

—Podemos ser novios hoy si quieres.

R

—¿De verdad?

—De verdad.

—Vale, me gusta. ¿Cómo te llamas?

—Andrés, me llamo Andrés.

—Qué casualidad, como mi sobrino. Eso es una buena señal.

Mila desliza su diminuta mano izquierda bajo la mano derecha de Andrés y gira la cabeza hacia la ventanilla.

—El mar desde el tren, no me lo quiero perder.

El rojo de la arcilla ha dado paso al verde. Pinares extensos, vivos y brillantes, un cielo azul que anuncia el mar. Los dedos se entrelazan y Andrés los aprieta con suavidad al tiempo que inclina la cabeza sobre el libro para retomar la lectura. La mano de Mila está caliente. El panel electrónico indica una temperatura exterior de veintidós grados y una velocidad de doscientos setenta y nueve kilómetros por hora. En el horizonte se adivina una línea azul.

—Lo primero que vamos a hacer es ir a la playa. Yo sé nadar, lo hago muy bien. El monitor siempre dice que soy la mejor. ¿Tienes dinero? En esta vida es importante tener dinero, no da la felicidad, eso lo sabe todo el mundo, pero te hace vivir tranquilo. Yo creo que eso también lo sabe todo el mundo, aunque disimulen, como si fuera malo tener dinero para vivir en paz. Mi hermana es de esas, las cosas le van muy bien y sin embargo esta todo el día quejándose. ¿Y bañador? Tendrás bañador, ¿no?

—Sí, bueno, la verdad es que no tengo mucho dinero. El divorcio me está dejando sin blanca. No es que me queje, pensándolo bien tengo suficiente dinero para que mi ex mujer y yo viviéramos tranquilos, menuda mierda... Tengo bañador, dos, van en la maleta.

—Entonces tenemos que comprar un bikini rojo para mí. Me encanta el rojo. Con las prisas se me ha olvidado coger la cartera. ¿Tú crees que necesitaremos sombrilla? No, no, olvídale, mejor sin sombrilla, nadamos un rato y luego nos vamos a comer una paella.

R

¿La playa será de arena o de piedras? A mi hermana no le gustan las de piedras, pero creo que a mí me va a dar lo mismo.

—De acuerdo, nada de sombrillas. Pero mira, mira...

El tren serpentea entre túneles horadados en las suaves colinas de la costa. El mar queda a la derecha, en la ventana de Mila. Se levanta soltándose con timidez de la mano de Andrés. Pone la frente y las palmas de las manos en el cristal, y entonces enmudece. La montura de sus gafas golpea rítmicamente la ventanilla, haciendo un ruido muy parecido a un tic tac. Al atravesar el siguiente túnel se sienta de nuevo, pasa su brazo alrededor del brazo de Andrés y apoya la cabeza sobre su hombro. Andrés le acaricia el pelo corto y cierra los ojos. La pareja de jubilados que viajan en el asiento del otro lado del pasillo los miran con curiosidad.

—Me gustaría llevarte a mi playa favorita. Es una playa alejada, hay un buen trecho para llegar a ella, pero no suele haber gente y será toda para nosotros. Allí no vas a necesitar bikini.

—Vale, como quieras. Seguro que tu playa es la más bonita de todas.

—Entonces iremos. Hace por lo menos seis años que no la visito, solíamos ir a la del pueblo. A mi mujer le gustaba encontrarse con sus amigas... Espero que nadie haya estropeado mi playa.

—Haremos esa excursión, pero tengo que aclararte algo: Yo voy a caminar sola, quiero decir que iremos juntos pero sin ir. Yo delante y bastante más atrás tú. Estoy hasta las narices de esas excursiones en las que tienes que ir pegado a otra persona. A mí me gusta caminar por el campo sin compañía, sin tener que hablar con nadie, ni escuchar el bla bla bla aburrido de mi compañera. Yo siempre he querido ir sola, en todas las caminatas, ¿entiendes Andrés? Sola. Esto es súper importante. Si no me dejas ir a mi aire vamos a tener una discusión de novios, pero gorda.

R

—Vale, vale, como más te guste, cualquiera discute contigo. A mí me hubiera gustado que fuéramos de la mano, pero como tú digas.

—¿De la mano? No se puede pensar despacio cuando vas de la mano de alguien, eso te lo digo yo: no se puede pensar bien. Y antes tengo que comprar un bikini rojo. Mi madre no me deja ir a las clases de natación con bikini, me hace ponerme siempre el bañador azul marino. Ahora que tengo novio, quiero un bikini rojo. Voy a estar muy guapa, ya verás. Una vez me probé uno en el Corte Inglés y me quedaba genial. Es que el rojo me favorece mucho.

—¿Qué más te gustaría hacer?

—No sé, lo normal. Lo que hacen los novios cuando se bañan en el mar. Tú me darás abrazos y yo te los daré a ti, porque en el agua, no importa cómo de alto o de gordo seas. En el agua todos somos iguales y pesamos lo mismo. O sea, muy poco. Y entonces yo también podré cogerte y te besaré con los ojos cerrados. Luego nadaremos otro rato más, si quieres podemos hacer una competición antes de ir a comer paella.

—Sí, haremos una competición. Me tienes intrigado con eso de que nadas muy bien, pero tienes que saber que yo fui campeón escolar cuando tenía dieciocho años. A lo mejor te llevas una sorpresa y terminas perdiendo.

—No tienes ni idea de lo bien que nado, Andrés, pero ni idea, vamos.

Dejan atrás los túneles y el paisaje se abre hacia un horizonte quieto, ajeno al estruendo y a la velocidad del tren. Playas salpicadas de colores aparecen y desaparecen. El tren circula por los límites de pequeños pueblos, en algunos tramos pasa sinuoso por pasillos que se cuelan entre resignadas construcciones.

—Por la noche iremos a bailar ¿Te gusta bailar? Yo me pondré un vestido negro, lo compraremos a la vez que el bikini, me daré rímel y me pintaré los labios. Me pondré guapa, aunque quiero que sepas que no pienso meterme en esos zapatos de tacón tan

R

incómodos. En la boda de mi prima Laura a todas las mujeres les dolían los pies y no podían ni andar. Caminaban como un pato mareado, me daban un poco de pena. Es una tontería lo de esos zapatos tan elegantes. No sé qué pensará el feminismo de eso, se lo tengo que preguntar a mi cuñado.

—Seguro que estás preciosa con los labios pintados de rojo. Me gustan las mujeres de labios rojos.

—¿Todas?

—Hombre, todas no, pero la mayoría.

—Un restaurante que tenga bombillas colgadas por encima de las mesas estaría bien. Cenaremos lo que más te apetezca, yo nunca tengo demasiado apetito por culpa de las pastillas. Y pediremos una botella de vino, quiero que la metan en esos maceteros plateados con mucho hielo para que esté frío, y que un hombre con chaqueta blanca nos llene la copa todo el rato, así pareceremos más importantes. Que conste que yo sé que eso es una *engañufla*, a mí no me la dan. Yo sé quién soy, ¿y tú?

—Lo de la botella de vino blanco, es una muy buena idea. Tienes esa cabecita llena de imágenes maravillosas. Me están entrando unas ganas enormes de salir a bailar contigo esta noche. Me gustas mucho, Mila, me alegro infinito de haberte conocido y de que seamos novios

—Qué bien. Ya sabía yo que iba a ser una novia estupenda. Si no hubiera sido por la sociedad esta, habría tenido más de un novio, si yo te contara...

Andrés le pasa la mano por la mejilla y ella se recuesta sobre su hombro otra vez mientras tararea una canción. La pareja de jubilados no disimula su asombro y hace comentarios entre ellos en voz tan alta que Andrés puede oírlos sin dificultad. Pero no le importan, se deja mecer por el tren y siente el calor de la cabeza de Mila sobre su hombro. Le toma de la mano, se recuesta hacia atrás y cierra los ojos.

R

—Me encantaría dormir en una casa azul. ¿Tú crees que podríamos alquilar una? Me gustaría que tuviera una habitación con un balcón muy grande desde el que se vea el mar. Y la cama tiene que tener sábanas blancas, sin dibujitos, solo blancas.

—Solo blancas.

—Y por la mañana te prepararé el desayuno. Un café con leche sin azúcar, porque es malo para la salud y unas tostadas untadas con tomate y aceite. Verás qué ricas.

Poco a poco el paisaje se hace urbano. El tren penetra en una estación con estructuras metálicas, sostienen enormes techos de hormigón. Por la megafonía interior una voz recuerda a los pasajeros que no deben abandonar sus asientos hasta que el tren esté completamente parado y que no olviden sus pertenencias, finalmente agradece la confianza depositada. El tren todavía avanza dentro de la estación cuando los pasajeros comienzan a levantarse y recoger sus cosas. Mila se ríe.

—Cómo es la gente, nunca hace caso de nada. Tendrían que conocer estos a mi madre, se les iban a quitar las ganas de ser tan desobedientes.

—Es porque si bajan los primeros del tren, les dan un premio y una banda de música celebra su llegada con una bonita canción.

—Pues no lo entiendo, menuda bobada. A mí me da igual que se levanten pero me da rabia que yo tenga que ser normal todo el tiempo, y que ellos hagan lo que mejor les parezca sin hacer caso de nada.

Andrés le dice a Mila que lo mejor es esperar a que todos bajen, así será más fácil. Los jubilados recogen sus maletas del altillo y le dirigen a Andrés un gesto cargado de reproche. El vagón está casi vacío cuando suben dos hombres uniformados acompañados de una mujer de pelo violeta. La mujer cruza una mirada significativa con Andrés antes de hablar con Mila.

—Hola, Mila. Me llamo Lucía y voy a llevarte de vuelta a casa.

R

Entonces a Mila se le llenan los ojos de lágrimas y le dice a Andrés que lo siente mucho, que seguro que su madre, su hermana y su cuñado andan como locos buscándola y tiene que regresar en seguida. Luego le besa en la boca con los ojos abiertos.

—Andrés, no creo que vuelva a tener nunca un novio tan alto como tú. Ha sido una suerte, pero vas a tener que hacer todo eso solo. Prométeme que cada vez que veas a una chica de labios rojos y pies pequeños te acordarás de mí.

En el andén Andrés arrastra una maleta gris con la que es engullido por el tumulto hasta que se convierte en un punto oscuro y desaparece.